Robert de Montesquiou

RAYMOND ROUSSEL
UN AUTOR DIFÍCIL

gálica franca

Ediciones De La Mirándola

ROBERT DE MONTESQUIOU

RAYMOND ROUSSEL
UN AUTOR DIFÍCIL

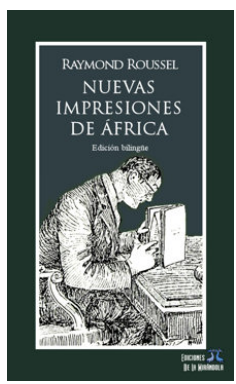
Traducción de
Carlos Cámara y Miguel Ángel Frontán

Ediciones
De La Mirándola
gálica franca

Robert de Montesquiou

Ediciones De La Mirándola ha publicado, en edición bilingüe, dos obras de Raymond Roussel, ambas disponibles en formato digital y en papel: *La vista*

y su obra maestra, *Nuevas Impresiones de África*



Más información sobre estos y otros títulos de nuestro catálogo, en nuestra página web.

ÍNDICE

- Raymond Roussel. Un autor difícil
- Notas
- Nota biográfica
- Nuestras publicaciones
- Colofón

RAYMOND ROUSSEL
UN AUTOR DIFÍCIL

UN editor, hombre duro, antipático y, digámoslo, obtuso, pero en fin, después de todo, quizás conocedor de su oficio, me dijo cierto día: "Un libro que no se vende enseguida no se vende más tarde". Esta grosera interpretación de la impopularidad podía expresarse con más delicadeza, en esa circunstancia, de este modo: la aventura de Carmen no es aplicable al terreno del libro. Una obra no puede pasar desapercibida o ser recibida fríamente para despertar luego con un éxito tardío, un triunfo definitivo. Es cosa molesta pero, por desgracia, probable. Los resucitadores trabajos de mi erudito primo Seillière, asistido, si no recuerdo mal, por Monsieur Halévy, y, de eso sí que me acuerdo muy bien, por Monsieur Robert Dreyfus, cuyo hermoso trabajo releo a menudo, se esforzaron por hacer revivir, entre nosotros, a Gobineau, y por devolverle, en su país, algo de esa vida prestigiosa que mantiene, para él, Alemania; ciertamente, no dudo que no hayan obtenido el resultado de hacer salir de los sótanos de Plon varios ejemplares de *Las Pléyades,* pero no muchos. Quizás también algunos ejemplares sin vender de *Cefalonia y Naxos,* cuyo título habrá bastado para convencer al lector de que debía tratarse de dos señoras, cuyos nombres pretenciosos le habrán desagradado, y que muy pronto habrá vuelto a *Francisca casada.*

...

No sé si el libro de Monsieur Raymond Roussel habrá corrido una suerte de este tipo; este libro intitulado de manera tan insuficiente *Impresiones de Africa,* por un autor al que sin embargo no le faltaba imaginación para encontrar algo mejor; ignoro si el

volumen ha conocido lo que se da en llamar el éxito, y si obtuvo una crítica sagaz. Lo contrario no me sorprendería, y ésta es una de las razones que me inducen —tardíamente, dado que una feliz casualidad acaba de hacerme conocer la obra, dos años{1} después de su aparición— a dedicarle algunas líneas, por el interés que despertó en mí y el entretenimiento que me proporcionó.

Ignoro si el autor me lo agradecerá, así sea un poco, y esto no es algo que me aparte, hoy, de mi propósito. Están los autores y están los libros. A veces los dos no son más que uno, otras veces van cada uno por su lado. Después de leer el libro de Mademoiselle de Mirepoix, me pareció que podría decir cosas que no se han dicho. Le pregunté a un hombre de mundo en condiciones de informarme si creía que mi comentario podía resultarle agradable a la recoleta mujer. Mi interlocutor me respondió: "Esta joven recibe la visita de tantos académicos, a partir del momento en que enciende sus lámparas, que, lamento decírselo, un comentario, por muy artístico que sea, corre el riesgo de causarle poco efecto". No hizo falta que me dijera nada más.

El caso presente no es el mismo. Dudo que las *Impresiones de Africa* hayan llevado a muchos académicos a la casa de Monsieur Roussel, y me atrevo a deducir de esto que mi comentario lo dejará menos indiferente.

A decir verdad, me parece que es la Academia de Ciencias, sobre todo, la que debería interesarse por este relato de viaje más que singular, ultra fantasioso, en el curso del cual se suceden presentaciones de aparatos mecánicos y de sus resultados fenomenales, de los que no me corresponde pronosticar si permanecerán en el terreno de lo extravagante o si el porvenir les reserva tomar parte, algún día, en las patentes de invención. Lo que puedo decir es que me divirtieron, y ésa es, en la medida de mis poderes, la patente que, por mi parte, ya mismo les otorgo.

Y agrego, casi lamentándolo, pero la veracidad me obliga a

reconocerlo, no soy el único. Monsieur Roussel tiene otro admirador, cuyo nombre él me confió un día, un nombre tan conocido que me cuidaré mucho de revelarlo; el mío desaparecería en el acto, bajo el fulgor de un renombre tan enceguecedor.

•••

Veamos ahora la tesitura de este libro al mismo tiempo científico, musical y estrambótico. El mismo se divide en dos partes. La primera, que ocupa la mitad del volumen, nos pone ante los ojos una representación de gala organizada, por intérpretes en su mayoría europeos, con motivo de la coronación de un rey negro. Cada uno de los números inéditos (se los garantizo) de este festival inaudito está marcado por un sello de misterio y una huella de enigma que, finalmente, al cabo de no sé cuántas horas, dejan al espectador a la vez estupefacto y maravillado, en presencia de tanta seriedad unida a tanto espíritu burlesco, aliñados en una resultante de admiración reservada y de hilaridad contenida y que componen un extraño estado.

Bien sé que eso puede llamarse *humor;* pero hay grados en el humor, así como en el vicio y en la virtud; en este caso, los grados se convierten en niveles, y les aseguro que es el último grado permitido a la atención, que no quiere ir hasta el desquicio.

La segunda mitad de la obra lo explica todo, más que con una lógica satisfactoria, con una precisión matemática. El autor dice, en algún lugar, de uno de sus personajes: “el conjunto de sus discursos presentaba una gran unidad”. El juicio podría aplicarse a su narración. Las más locas entre las incoherencias que pusieron en marcha los capítulos precedentes se explican con una exactitud geométrica y un equilibrio tal de correlaciones que llegan casi a la monotonía. Parece, incluso, que eso debiera representar el *hoc erat in votis*{2} de este género particular: acabar dándole un aspecto burgués a las combinaciones más heteróclitas

concebibles.

Resulta, pues, y tal es el esquema (que por fuerza daré en pocas palabras) de esta composición a la vez obstinada, locamente redundante y sabiamente distribuida, que dicha representación fue organizada por un grupo de pasajeros náufragos, caídos en poder del soberano bárbaro que los obliga a pedir el pago de un rescate a su familia y de ese modo ocupa los días de espera, al mismo tiempo que los distintos recursos de los rehenes y los diversos cargamentos de la nave. No detallaré ninguna de las fases de esta ópera *seria* y *buffa,* sin precedente, desgraciadamente, y sin futuro en la historia de las literaturas. Eso me llevaría muy lejos. Me conformo con remitir al texto a quienes no queden satisfechos con los espectáculos cotidianamente detallados por *Comœ dia* y par *Théatra,* en columnas ilustradas. Haré sólo algunas observaciones más sobre el conjunto de la obra, lo que presenta como manifiesto en su realización y lo que ofrece de inexplicable en sus consecuencias.

Ahora bien, esta última reserva se adhiere exactamente a lo que acabo de decir acerca de los espectáculos. Y allí es donde el lector se desconcierta, cuando el lector soy yo. Dudo que muchos otros hayan penetrado hasta tal punto en las intenciones del autor, en su gusto posible de mistificar fríamente a la manera de ciertos escritores ingleses que han hecho escuela, en una pasión casi algebraica de plantear ecuaciones de hechos, en apariencia insolubles, y esclarecerlas a continuación con una facilidad verosímil que no da lugar a réplica, en una especialidad de lanzarse al aire haciendo piruetas peligrosas y volver a caer, a veces con gracia, o al menos en medio de esa red prudentemente tendida abajo y que salva de los accidentes mortales. Acepto todo eso no sólo sin rebelión sino, incluso, sin objeción, y hasta, lo confieso, lleno de complacencia. Pero confieso que ya no entiendo más nada, porque tal cosa denotaría en el Autor una mentalidad ingenua absolutamente inconciliable con muchas

sutilezas irónicas de su relato, cuando oigo decir que sacó una obra teatral de su guion inaudito y la subió a las tablas con una presentación de gran lujo, una exuberante multiplicidad de afiches y un evidente deseo de verla triunfar.

No rechazo la solución de ninguna de las imposibilidades planteadas por él y finalmente resueltas; pero, realmente, lo desafío a que me explique esta.

Que un productor, al mismo tiempo desmesurado y delicado, se complazca en la melancolía altanera de componer esas obras de las que Baudelaire decía: "las llamo *célebres* porque las aprecio yo y algunos de mis amigos", nada mejor; eso denota un carácter que, asociado al talento, reclama la atención y, como mínimo, la deferencia. Pero creer que es posible atraer hacia tales producciones la curiosidad de los fieles de Monsieur Prévost, o de los espectadores de *El corazón dispone,* da lugar a un malentendido tan ingenuo que, de todas las ilusiones, los sortilegios y los artificios de Monsieur Roussel, sólo ante ése me muestro rebelde, cerrado, incomprensivo, y lo desafío a explicármelo.

No por esto deja de ser cierto que el escenario de *Fémina,* según me aseguran, ha servido dos veces de lugar de ejercicios para un desarrollo escénico, el que se repitió y, creo, prolongó en otro teatro parisino y finalmente recorrió Francia, sin que yo pueda obtener, fuera de las burlas fáciles y de las críticas impulsivas, ninguna información sobre dicha presentación, si no es que el Autor participaba personalmente en ella ya como actor, ya como tramoyista, instalado en medio de la sala.

Si, incluso a pesar de mi admiración por Madame Garnier, sólo apenas lamento pensar que tendré que morir sin ver *La buena intención,* no llego a consolarme, en cambio, por el estado de alejamiento relativo y de retiro parcial que me privó de asistir a la trasposición visible, mordaz y excéntrica de estas *Impresiones de Africa.* Me cuidaré muy bien, por lo tanto, de formular una apreciación sobre una obra que no he visto. Pero he leído un

libro, de él hablo y quiero decir unas palabras más.

•••

Éstas contendrán una segunda objeción, centrada precisamente en este título al que reprocharé no ser más que un subtítulo. ¿Por qué (no es, ciertamente, falta de imaginación) no haberle clavado a estas quinientas páginas de delirante y experta fantasía un penacho tan original como tantos peinados o sombreros extraños que se tiñen de rojo y se recortan en el curso de tantas hojas? Su sólo recuerdo me dicta títulos existentes tales como, por ejemplo, *El club de los incomparables,* denominación elegida por los mismos organizadores para su reunión de fenómenos; o también, *Los jardines de Béhuliphruen*, poético nombre del paseo local al que dirigen sus pasos exiliados, y a lo largo del cual se desarrollan muchas peripecias. Pero correspondía al Autor, precisamente, no privar a su obra del atractivo faltante de ese título no formulado, y sólo él hubiera podido, en su concierto original, encontrar el vocablo que hacía falta y que falta.

Formulada esta reserva, diré, siempre rápidamente y casi al azar de lo que elija, todo lo cómico que encontré en estas invenciones. Como el príncipe negro niño y, en consecuencia, cruel, según lo quiere la edad despiadada, les dejó a sus prisioneros libres el dinero que tenían encima, el que no alcanza para nada en vista de las sumas exigidas para su rescate, éstos aprovechan la presencia entre ellos de dos financistas para fundar una Bolsa, que construyen en miniatura, o más bien como caricatura, tomando como modelo la de París, y en la cual apuestan, todos los días, los valores hipotéticos representados por cada uno de ellos y sus futuros ejercicios. Así es como vemos subir hasta sesenta bancos la cotización de un joven acróbata habilísimo en presentar gatos sabios, mientras que la de una vieja bailarina livonia, que trata en vano de resucitar su gracia de otros

tiempos, cae lastimosamente a sesenta céntimos.

Sigue una excelente sátira de la intelectualidad actual. Una gran actriz trágica que forma parte de los náufragos encontró en el escondite de un castillo inglés la versión manuscrita y auténtica del texto primitivo de *Romeo y Julieta,* que es, por supuesto, totalmente diferente del que goza de favor hoy en día. Tristemente exaltada, la actriz se la llevó, con la propuesta de interpretarla, a todos los directores del mundo, que, todos, la rechazaron con indignación, y la artista aprovecha su estadía entre los negros para hacer interpretar a la perfección por una pareja de salvajes encantadores, el pensamiento propio e inicial de Shakespeare, unánimemente rechazado por los administradores responsables de los grandes escenarios del mundo civilizado.

Un episodio tal pone al autor de las *Impresiones de Africa* por delante del autor de *Lord Rutland es Shakespeare.* Éste acaba de descubrir que Shakespeare no es Shakespeare. Aquél acababa de inventar que la obra de Shakespeare no es de Shakespeare.

Pero lo que supera incluso a estas excelentes sátiras es el efecto obtenido, llamativo hasta decir basta, de este género burlesco, que cada día nos permiten contemplar algunas fotografías de viaje, y que consiste en hacer que un negro considere un objeto de adorno lo que rutila y lo que brilla. Así es como, aquí mismo, hemos visto a un Dinah Salifou pedir a la Casa Poussielgue (u otro proveedor eclesiástico) capas y mitras destinadas a los prelados, para dirigirse a un ministerio. Del mismo modo, los personajes a...icanos y masculinos de Monsieur Roussel eligen para engalanarse, en los grabados de moda de los europeos, atuendos de Margarita de *Fausto* o de chismosas de teatro de revista.

Al final todo termina bien, los prisioneros liberados se embarcan alegremente con sus accesorios y se despiden cordialmente unos de otros en la escala de la repatriación

respectiva; pero como, entre los fenómenos, hay un hombre-tronco, dotado de buen humor y de talento, aunque desprovisto de extremidades, el empresario circense concluye su representación abigarrada con esta broma campechana, sensiblemente burlesca y de una bufonería compasiva: "la travesía se cumplió sin percances, y el 19 de julio nos despedimos unos de otros en el muelle de la Joliette, luego de un cordial intercambio de apretones de mano, al que sólo Tancrède Boucharessas (es el nombre del enano) debió permanecer ajeno".

Lo que caracteriza a este género singular es el amor por el logogrifo literario que se explica mucho más tarde; el gusto por cortar acontecimientos en pedazos y arrojar los fragmentos en un sombrero (así sea el más asombroso de los "bombines"), para juntarlos al final en un *puzzle* impecable. Se ve incluso que este gusto es tan fuerte en Monsieur Roussel que me parece que debe ser la causa (al menos en gran parte) de su entrada en la literatura: desea *leer eso*; y como ningún autor se lo da, se convierte en *su propio lector*. Admiro esta actitud. Quizás, después de todo, los señores Bourget y Prévost conservan, ellos mismos, bastante gusto como para aburrirse por divertir a tanta gente.

Y, cuando digo *puzzle*, igualmente podría escribir "rompecabezas", siempre que se mantenga para este término, con todas las posibilidades del juego chino, su fina y elaborada ornamentación de las plaquetas que sirven para disponerlos, rombos de nácar o cuadrados de marfil.

Este género me recuerda también un juego japonés que consiste en hacer que se abran, en el agua caliente, diminutos copos informes de los que el líquido hace brotar flores, pájaros, insectos, coloridos y sinuosos.

El estilo de esta empresa arriesgada, que tomó sucesivamente el aspecto de un libro y de una obra teatral, se adecua perfectamente a sus objetivos graves y grotescos. No encontré nada que objetar en el curso de una lectura tan larga. Es sin duda

deliberadamente que no emplea efectos poéticos. Describe con sobriedad, pero con una precisión sostenida y atenta en los términos, todo lo científico e impresionista que quiere describir.

Sin duda el autor ha leído a Wells, al Villiers de *La Eva futura,* cuyo tono dogmático y funambulesco tiene, y algunas de estas fantasías caricaturescas me proporcionan, en registro exótico, un placer equivalente al que en otros tiempos sentí al leer *Los pájaros se van volando,* de Élémir Bourges. Por último, algunas transcripciones de sueños que hizo Huysmans, en *Allá lejos*, si no me equivoco, también me vinieron a la mente al leer tal o cual pasaje de esta pesadilla ordenada que representa el arte de Monsieur Roussel.

Pero todo esto se mezcla en una personalidad bien definida, en la que sólo veo la inconsecuencia que ya he mencionado.

Sea como sea, de las horas pasadas en compañía de este itinerario guardo el curioso sabor de una *receta* a base de cuscús que reconciliase paradójicamente los aromas enemigos de la angélica y la páprika, del curry y de la canela, del clavo de olor y del comino, del agraz y del almizcle.

•••

De los personajes de *Las Mil y Una Noches,* no es el menos curioso ese genio encerrado en un frasco, en forma de un vapor condensado que, en cuanto se le abría la prisión, se difundía por el campo con una profusión tal que no era fácil dominarlo, y al que ya no era posible reintroducir en su domicilio cristalino sin hacer mucho esfuerzo.

Esta comparación me viene a la mente cada vez que vuelvo a abordar el poema de Raymond Roussel intitulado "La vista", tantas veces (a menudo) como me agrada experimentar una vez más la irritante impresión de sentirme en presencia, no diré de la dificultad vencida, lo que no sería decir bastante, sino de la imposibilidad realizada.

Un poema de Raymond Roussel; ¿Raymond Roussel será, entonces, poeta? Confieso que no lo creo, si la definición elemental del poeta puede concordar con esta fórmula: *personaje dotado de una emoción y que tiene el poder de comunicarla a un oyente sensible.*

En efecto, con gran esfuerzo, buscando mucho, encontré en toda esa retahila de palabras este pobre versito, débilmente emocionado, entre dos mil instrumentos de precisión con forma de alejandrinos:

> Y su expresión es dulce y es triste al mismo tiempo.

Así pues, no será —bajo pena de caer en el error funesto de quienes se obstinan en exigir a los demás lo que éstos no están obligados a dar—, no será, digo, nada vibrante lo que habrá que pedirle a Raymond Roussel, sino todo lo más locamente exacto que puede proporcionar la obstinada y amplificadora observación de los ojos de un miope.

No, el autor de "La vista", delante del banco de trabajo, yo diría *del torno* de sus visiones materializadas, casi no me parece que deba estar más emocionado que el chino que esculpe una bola de marfil, haciéndola mover en una jaula de materia similar artistamente calada, y que vuelve a empezar el mismo trabajo, en la misma bola, luego en las siguientes, indefinidamente, hasta que la última bola haya alcanzado las proporciones de una arveja, mientras que la primera tenía las dimensiones de una naranja. Ese chino temerá romper una puntilla, quebrar un tabique, pero no temerá traspasar un corazón. Vale decir que la alegoría vegetal de una emotividad semejante podría adoptar el aspecto erizado del cactus, y que la emotividad en filigrana de Monsieur Rostand parecería, comparada con ella, equivaler a una sensitiva.

En lo que concierne a la prosodia y la métrica de nuestro tornero literario, es algo así como el buen Coppée: no el Coppée terrible de las supuestas obras dramáticas, no, más bien el que yo

de buen grado llamaría el Coppée negociable, estampillado con el año de cosecha de “El tenderito”, aunque carente de ese penacho de fantasía seductora que el viejo autor de “El paseante” sabía a veces sacarle al sombrero emplumado de ese efebo para adornar con él tocados más parecidos a un gorro de algodón.

Provisto de su plectro, que no está lejos de parecerse a un compás, Roussel preludia.

El preámbulo de su obra nos pinta al escritor aferrado a su portaplumas, del que va a hacer brotar más cosas de las que Robert Houdin saca de su sombrero mágico; pero si esas cosas pasan, para llegar hasta nosotros, por la punta que se desliza sobre el papel, antes comenzaron por bullir en la cabeza del utensilio y, por cierto, de manera bastante singular.

En efecto, ese portaplumas no es el que hizo irisarse en su punta esa perla que, según afirmaba Goncourt, Bourget “admiraría siempre”; no, ese portaplumas de marfil, como las bolas hechas por el chino y la bolita minúscula que lo corona, solamente tiene una perla de cristal en la que el narrador se dedica a examinar (ustedes juzgarán de qué modo), y hacernos visible, la reducción casi infinitesimal de una fotografía de playa, dejando muy atrás, en lo que respecta a la cantidad y al detalle, la famosa descripción del escudo de Aquiles.

Puesto que, no dudemos en revelarlo, esa bolita microscópica y no menos amenazadora, bajo su aspecto anodino, que el caballo de Homero, encierra más de dos mil hexámetros armados hasta los dientes, incluso hasta los pies, y decididos a vencer.

•••

Esos versos se dedican con esmero, como podría hacerlo un entomólogo, a estudiar las costumbres de los insectos, a describirnos lo que descubren en la inmensa playa cautiva de la bola minúscula; y es allí donde el arte de Roussel de cortar, no como se dice, un pelo en cuatro partes{3}, sino en cuatrocientas

cuarenta y cuatro mil, me parece, para empezar, un fenómeno digno de ser señalado a los que encuentran un gran placer en el análisis, en la enumeración y en la nomenclatura.

Trataré de dar algunas muestras de semejante arte de infusorio; pero, me apresuro a agregar, de infusorio de genio. Si, no obstante, la palabra infusorio pareciera ofrecerle a mi modelo un término de comparación un poco exiguo, no me molestaría en absoluto reemplazarla por Aracne, de modo tal que resultara mitológicamente solemnizado, pero no por eso dejaría de ser una araña capaz de atrapar en su tela olas, flotas, grupos, muchedumbres, sin omitir, además, unas cuantas almas cambiantes y diversas.

Hay, para empezar, en el vasto mar, encerrado en la cabeza de alfiler, una barca de pescador, con el siguiente detalle sobre éste:

> La ceja izquierda no es igual a la derecha;
>
> Se ve más negra, más importante, más densa
>
> Y más enmarañada en su gran abundancia.

Luego:

> Demasiado ajustado, casi estrecho, su traje
>
> Le tira en las axilas y le aprieta en los puños...

Veamos, ahora, el yate elegante, en el que hay grupos de pasajeros. Uno de ellos se destaca:

> Las manos, y los codos, iguales, aunque están
>
> Cerca del cuerpo, dejan pasar bastante luz
>
> Para atisbar, por el resquicio luminoso,
>
> Las olas a lo lejos, que sin pausa describen
>
> Sus curvas.

De otro se dice que:

...de un lado su bigote

Se ve derecho y alto, se recorta sobre el

Horizonte marino, y el azar lo coloca

De lleno, exactamente, encima de la cresta

Regular, extendida, de una pequeña ola.

Ya que Roussel es caricaturista en el detalle, como Grandville, y humorista capaz de mantenerse serio como el que más, vale decir como Villiers de l'Isle-Adam.

Una dama medita:

Y sus labios modelan un mohín que, del lado

Derecho, especialmente, le pliega la mejilla.

El capitán tiene una barba de chivo negra:

...pero ya anida, aquí y allá,

Un pelo un tanto gris en esa masa oscura.

Sin embargo, no vayamos a creer que esta investigación se limita a los defectos físicos de los individuos, su mirada va más allá de la corteza y lo demuestra de manera sutil:

Es un ejemplar de hombre convaleciente en quien

Se desarrolla el germen de un recrudecimento

De fuerza y de salud...

***

Toda la superficie del mar está cubierta

De barcos...

Allí abundan los pasajeros y el autor nos cuenta con minucia,

que incluye hasta lo imponderable, no solamente los detalles de sus rasgos sino los defectos o la gracia de sus actitudes, y hasta los más secretos impulsos de sus corazones, las vibraciones de sus almas, los escrúpulos de sus conciencias, el resurgimiento de su melancolía.

A su vez, vemos la playa extenderse ante nosotros, con su población de paseantes y bañistas, todos igualmente examinados en su aspecto exterior y con sus secretos más íntimos revelados:

> ...sopla el viento, a juzgar
>
> Por algunas cabezas inclinadas.

Los niños juegan con sus perros, uno de los cuales es un caniche terriblemente coqueto:

> Lleva una pulsera, bien ajustada, en
>
> La humedad de la cual centellea un reflejo,
>
> Y que está fija, inmóvil en su lugar, a causa
>
> De una mata de pelo sobre la que descansa;
>
> La perfecta destreza del peluquero queda
>
> Probada por la bella redondez de la mata.

Y más lejos, haciendo un paralelo con él, un joven enamorado vestido a la moda y con el pelo tan bien cortado como el suyo, supongo, lleva asimismo una pulsera:

> La adornan perlas de un tamaño suficiente,
>
> Mediano, que, parejas, de un bello oriente, halagan
>
> La mirada; un idéntico punto resplandeciente,
>
> Por acá y por allá, reluce en cada perla.

Un chiquilín:

...la epidermis de sus

Pantorrillas se ve morena, muy tostada,

Pero el tono de la de la derecha no es

Igual al de la parte inferior de la pierna,

Normalmente tapada por el calcetín, que,

Caído por azar, con la parte de arriba

Cubre el zapato; muestra menos brillo la carne

A partir de la línea precisa hasta la que

Tendría que llegar el calcetín; la piel

No tiene allí la misma irradiación; los dos

Colores son contiguos sin ningún degradé

Y el límite que los separa se destaca,

Rígido.

Otro niño más: éste hace castillos de arena:

La pintura del balde representa una amplia

Llanura en que se alza, lejano, un delicado

Campanario, que el balde, cuando se mueve, inclina,

Aunque, al verlo, parece que se inclinara solo;

Un hombre alegre y fuerte, en la llanura, siembra

En un surco contando cada paso que da;

La escena, en su conjunto, da una muestra de calma;

No hay otro personaje, fuera del sembrador,

Visible en ese punto desierto del paisaje;

En torno al campanario se apiñan muchos techos,

Bajos, amontonados, pegados uno a otro,

Sin que sea posible distinguir una calle;

La pintura, sin duda, continúa detrás

Del balde coloreado por todas partes, aunque

Delante de los ojos sólo esté la mitad.

Un muchachito:

Que está derecho y tieso, incómodo, molesto

Por la suntuosidad y novedad de un traje

De hombre al que no acaba aún de acostumbrarse

No lejos de él, una adolescente

...se halla en vísperas del día

En que los sentimientos revelan sus secretos...

Una niña tiene el pelo trenzado:

La trenza es bella y muestra dureza en su grosor,

Vigor y brillo en su negrura, que resalta

Nítida contra el vestido menos negro...

Esa trenza está atada por una cinta con dos lazos desiguales que se abre en forma de cola de golondrina, una mancha pone su nota discordante, y nosotros seguimos todo eso apasionadamente, en la bola de cristal, así como miraríamos hundirse en ella el vientre barnizado del yate de recreo, en el que medita la dama que tiene la mejilla derecha arrugada por un mohín.

Una mujer teje una media, cuyos puntos contamos gracias al inagotable puntillista; otra cose:

...un dedal

Brilla en su dedo; con la punta del pulgar

Lo aparta, sometiéndolo a una suave presión,

Y lo levanta un poco, con el fin de dejar

Penetrar algo de aire nuevo, más vivo y fresco;

Sostiene, al mismo tiempo, la aguja, que proyecta

En la labor su sombra delgada y apreciable

De contorno borroso y desbordante...

Un hombre apuesto, de aire taciturno, traza con la punta de su bastón, en la arena de la costa, "un nombre inenarrablemente amado" y

...es en un diptongo donde el hombre

Se detiene...

Pasan por allí grupos de familias:

Un joven, por azar, por error,

Se ha colado entre esos personajes tan dignos;

Usa lentes redondos sin patillas; lo atraen

Las charlas eruditas, meditadas, y elige

El coloquio instructivo, medular, casi adusto,

Del grupo respetable, en vez de los eternos

Retozos de los jóvenes o sus voces y risas

Ruidosas, estridentes; perorando, demuestra

Lo justa que es alguna opinión. Como para

Compensar esa falta, un viejo, por su parte,

Se mantiene alejado de sus coetáneos, más

Proclive a divertirse con los cabezas huecas…

Caminando para atrás, como lo requiere el enfrentamiento de esos conversadores, una joven escucha a un viejo pesado:

…una sombra

Leve le mancha el labio, una especie de vello

Tenue y caído, un algo de bigote; la tez

De la mujer, por cierto, es bastante morena.

Recuerdo que no hace mucho tiempo leí uno de esos relatos de gusto estrambótico, en el curso del cual el autor lanza un rayo eléctrico contra las anfractuosidades de las rocas para hacer salir de allí a los amantes culpables. El rayo que sale de los ojos de Roussel me parece mucho más temible. No sólo de los barcos hace brotar turistas, a los que escudriña (y hasta maltrata), también los hace brotar de los coches que suben por la pendiente de un acantilado. Una de esas viajeras, que prefiere las vueltas de rueda a las vueltas de hélice, perora mientras estira las piernas:

…alza la mano pulcramente enguantada,

La tienta, para dar precisión a su frase,

Tender, aislado, el índice, pero su mano ya

No es flexible y el dedo se queda en el camino;

A sus años, sería necesario un prodigio

Para la agilidad que tal acción exige;

La vejez ya ha dejado dura, paralizada

La coyuntura; el gesto no es tan osado como

Querría.

Uno de sus compañeros de paseo se apoya en un bastón cuya empuñadura representa un chino:

...muy saliente,

Una vena parece un cordón largo y grueso

Dibujado con toda precisión en el dorso

De la mano...

En lo que concierne al chino:

...no es hermoso;

El brillo mate y las gradaciones sugieren

Que es cabeza, sin cuello ni busto, de marfil...

.....

Los párpados, a uno y otro lado, se estiran;

La boca...

Muy hendida y delgada, deja ver en el medio

La punta de una lengua que se quiere asomar;

.....

La nariz, lastimosa, respingada, achatada,

Se alza en el aire como si siempre la empujase

Y sostuviese allí algún dedo invisible...

Por el lado del faro, un pequeño batallón juega a hacer un desfile militar:

...un hombre

Comunica a sus dos manos el movimiento

Seco y rítmico de un estupendo redoble

Que con una aparente convicción quiere hacer

Sobre un tambor ausente, del todo imaginario…

Pero como el sol, que le prestaba una vida ajena y momentánea a toda esta fantasmagoría burguesa, se ha puesto en el marco de la ventana, detrás de esa linterna mágica de lo infinitamente pequeño, el portaplumas que la contenía cae al mismo tiempo de las manos del espectador y del presentador, que nos confiesa que:

…es la exhalación

De sentimientos que viví todo un verano

Lo que para mí brota, potente, de la vista,

Por obra del vigor de pronto amplificado

Del recuerdo vivaz y latente de un tiempo

Ya muerto, ya borrado, ya tan lejos de mí.

•••

Con esta pirueta final y esta revelación un poco decepcionante cree que tiene que despedirse de nosotros el hombre que descubre, en la cabeza de un alfiler, las brumas del océano, los granos de arena, los puntos de un tejido, los adornos de los perros, los bigotes de las señoras, la turbación de las vírgenes, las pretensiones de los colegiales y, en lo relativo a las ropas, si son "usadas” o "nuevas”.

Ténganse en cuenta que no he elegido, para mis citas, nada que sea particularmente excepcional en su género, ya que la abundancia y lo natural del fenómeno permiten tomar al azar.

Sólo que no hay que exagerar la importancia de los mitos. Más arriba hablé del escudo de Aquiles. Yo he visto el escudo de Aquiles, al menos en una acepción inesperada: era la mitad de un coco esculpido por un condenado a trabajos forzados de Tulón o

de Brest. Ya no sé muy bien qué podía verse en esa especie de huevo partido por la mitad, pero eso no tiene mayor importancia, ya que allí estaba todo, porque el desdichado que lo había surcado con un alfiler del que obtenía distracción y consuelo, así como en tiempos pasados las señoritas rayaban con sus diamantes los espejos de los reservados, había puesto en él todo lo que no volvería a ver de la tierra y del mundo, y lo había firmado con su aburrimiento.

Ahora, yo me hago esta pregunta: ¿de qué pirámides egipcias o de qué montañas de la India ha debido ser vecino mi autor, en cuáles de ellas ha debido estar cautivo, en una existencia anterior, para haber acumulado en él semejante frenesí por lo accesorio-enano, semejante nostalgia de Lilliput? Evidentemente, esta forma de reacción lo obsesiona, si le creo a la que observé en relación con El Escorial.

Un príncipe de la casa real de España, al que las circunstancias de la vida obligaban a vivir bajo la sombra inmutable de aquel edificio sin piedad, grande como el Mal, feo como la desgracia, pesado como el marasmo, cruel como la parrilla que le sirve de plano y mórbido como el PUDRIDERO sobre el que se alza, hizo construir, un poco más abajo de ese palacio inexorable, una casita de muñecas, el palacio de *Dame Tartine* o el alhajero de la *Reina Mab.* Los tabiques delgados están cargados de mil adornitos, que parecen puntillas y rivalizan entre sí en el rebuscamiento extremo de las figuras y los ornamentos, algunos hechos incluso con miga de pan, y que representan muchedumbres de tribus en marcha o de ejércitos en campaña.

Y cuando aquel rebelde sentía que le pesaba demasiado la presencia del gigante de los dieciséis patios, de las cien escaleras y de las mil doscientas puertas, consideraba el trabajo de Calícrates, el escultor de la antigüedad que hizo un carro de marfil que se podía guardar bajo el ala de una mosca.

Lo acepto, por cierto, hasta lo acepto demasiado, y de buena

gana le reprocharía al autor que sea el primero en desacreditar su producto, haciéndome comprender que sólo dio con una manera ingeniosa de utilizar unas notas de playa (¡a pesar de todo, como auténtico habitante de Blefuscu!) cuando las hace pasar, no por el cuello del que voy a hablar, sino por un *calamus* que se parece un poco a ese "ojo de la aguja" por el que se introducía el camello de la Escritura. Muy bien podría haberme dado cuenta de eso yo solo. Sin embargo, los autores son a veces injustos consigo mismos, y yo descubro algo mejor que eso en este insensible y tan maravillosamente articulado Poema de "La vista".

A menudo he admirado, realmente, fragatas de vidrio, con todos sus aparejos, encerradas en botellas. Sé muy bien que la fragata existía antes que la botella y que esta última fue soplada alrededor de la primera; pero me gusta olvidarlo, para admirar intactos, bajo su frágil prisión, tantos obenques y tantas velas, tantos mástiles y tantos velámenes.

Cierto día le regalé una de mis obras a Raymond Roussel, a quien tengo el gusto de conocer. Me dio las gracias con una efusión tanto más conmovedora cuanto que está contenida, no en una botella, sino en espíritu poco común.

Era un estudio sobre Bresdin; pero me di cuenta de que no tenía que insistir con mis regalos de autor, y que ninguna de mis producciones podía llegar a cautivar del mismo modo al escritor de "La vista". En efecto, ¿cómo podría un "divisionista" de ese calibre y esa calidad no caer absolutamente bajo la seducción de los dibujos del hombre que cuenta las ramificaciones de las ramas, los filamentos de las hojas y las mallas de la libélula, así como el Creador cuenta las plumas del gorrión y los granos del polen?

Así pues, ya no le regalaré ningún otro de mis libros a Raymond Roussel, pero le haré otros regalos, en particular una de esas "miniaturas" mexicanas que representan canastas de paja y ánforas de arcilla, útiles para adornar el hombro de una canéfora

que tuviera el tamaño de una hormiga. También le daré pedacitos de papel negro, del mismo origen, que representan, sin omitir un pelo, una gota de sangre o de sudor, un gran combate de toros, en un espacio grande como el ala de un mosquito.

Y además, le contaré historias: la de Salomón, que después de presenciar, durante setenta días, un desfile de insectos, cuando oyó que la reina de éstos le dijo que la cosa recién empezaba, decidió levantar la sesión. No olvidemos que el autor de "La vista" ha compuesto y publicado, en el mismo volumen, otros dos poemas similares sobre temas equivalentes: uno, "El Concierto", sobre la ilustración que encabeza un papel de cartas; el otro, "El Manantial", sobre la etiqueta de una botella de agua mineral. A éstos no los voy a describir; pero le contaré también a mi querido cuentista la historia de Percynet, que ayudó a la princesa Graciosa a separar, según sus colores, las plumas de colibrí que llenaban, del piso hasta el techo, una gran habitación; y terminaré con la Historia de los Tres Príncipes, que se disputaban los favores de su Bella, reservados para aquél de los tres que le llevase el regalo más asombroso; el que presentó un grano de mijo en el que había un perrito que ladraba no fue considerado digno de obtener la recompensa.

Y le haré don a Raymond Roussel de todos esos hermosos presentes de objetos y palabras, para agradecerle que haya acentuado, escribiendo dos mil versos sobre visiones mudas, *el precio del silencio.*

NOTAS

{1} N. del A.: Ahora hacen muchos más.
{2} N. del A.: Éste era mi deseo.
{3} Expresión usual en francés, equivalente a “hilar fino”.

NOTA BIOGRÁFICA

Robert de Montesquiou, conde de Montesquiou-Fézensac (París, Francia, 7 de marzo de 1855 - Menton, Francia, 11 de diciembre de 1921), fue un aristócrata poeta perteneciente al movimiento simbolista francés, así como mecenas del arte y notorio dandi.

Frecuentó a figuras de la élite intelectual de su época, como Marcel Proust, Judith Gautier, Gustave Moreau, James Whistler, Antonio de la Gándara, Sarah Bernhardt, Ida Rubinstein, etc. Fue muy amigo del poeta italiano Gabriele d'Annunzio.

En él se inspiraron, supuestamente, Huysmans para el Des Esseintes de *A contrapelo*, Jean Lorrain para el conde de Muzaret de *Monsieur de Phocas* y, sobre todo, Proust para el barón de Charlus de *En busca del tiempo perdido*.

Entre sus obras, hoy en día mayormente olvidadas, podemos mencionar *Les Hortensias bleus* (1896), *Le Chancelier des fleurs : douze stations d'amitié* (1907) y *Elus et Appelés* (1921), a la que pertenece el presente artículo.

Artículo de referencia en WIKIPEDIA.

NUESTRAS PUBLICACIONES

Biblioteca Franca es la colección de textos gratuitos de **Ediciones De La Mirándola**; todos los títulos que la integran pueden descargarse del sitio de Internet Archive. Algunos de ellos son los siguientes:

- VINO GENEROSO - Italo Svevo.
- EL BIBLIÓMANO - Charles Nodier.
- YO Y MI CHIMENEA - Herman Melville.
- HILARY MALTBY Y STEPHEN BRAXTON - Max Beerbohm.
- PENAS DE AMOR DE UNA GATA INGLESA - Honoré de Balzac.
- DISCURSOS DE LA VIUDA DE VEINTE Y CUATRO MARIDOS - Caballero de la Tranca (anónimo español).
- POEMAS - San Juan de la Cruz y Cyprien de la Nativité de la Vierge.
- EL GENERAL FRAY FÉLIX ALDAO - Domingo Faustino Sarmiento.
- RAINER MARIA RILKE - Susana Soca.
- SOBRE LA LECTURA E INTERPRETACIÓN DEL QUIJOTE - Miguel de Unamuno.
- DE LOS REMEDIOS DE CUALQUIERA FORTUNA - Francisco de Quevedo y Diego de Torres Villarroel.
- EL CASAMIENTO DE LAUCHA - Roberto J. Payró.
- LA GOTA DE SANGRE - Emilia Pardo Bazán.
- ODAS - Horacio. Traducción de Fray Luis de León.
- TULA VARONA - Ramón María del Valle Inclán.

- EL CABALLO PERDIDO - Felisberto Hernández.
- BUCÓLICAS O ÉGLOGAS - Virgilio. Traducción de Fray Luis de León.
- SOBRE EL PROCEDIMIENTO IDEOLÓGICO DE STÉPHANE MALLARMÉ - Alfonso Reyes.
- etc.

El catálogo general de **Ediciones De La Mirándola** puede consultarse en nuestra página web. Todos los títulos están disponibles en formato digital y, en algunos casos, también en papel; la sección Puntos de venta de nuestra página da las informaciones pertinentes para su adquisición.

Algunos títulos:

- POEMAS EN PROSA - Stéphane Mallarmé.
- LA VISTA - Raymond Roussel.
- EJERCICIOS Y EVIDENCIAS - Rainer Maria Rilke.
- QUERIDA MAMÁ. CARTAS A LA MADRE 1834-1859 - Charles Baudelaire.
- QUERIDA MADRE. CARTAS A MADAME AUPICK 1860-1866 - Charles Baudelaire.
- LA ACUSACIÓN Y LA DEFENSA - Gilbert Keith Chesterton.
- POEMAS Y DEDICATORIAS - Rainer Maria Rilke.
- NAPOLEÓN, RETRATO DE UN TIRANO - Germaine de Staël.
- ADIÓS - Honoré de Balzac.
- LA MUJER POBRE - Léon Bloy.
- LOS CENCI. CRÍMENES CÉLEBRES I - Alexandre Dumas.
- LA MARQUESA DE BRINVILLIERS. CRÍMENES CÉLEBRES II - Alexandre Dumas.
- KARL LUDWIG SAND. CRÍMENES CÉLEBRES III - Alexandre Dumas.
- DIÁLOGO DE LA SALUD. POESÍAS - Carlo Michelstaedter.

- NOTAS DESDE MI CABAÑA DE MONJE - Kamo No Chômei.
- TELARAÑAS DE UN CRÁNEO VACÍO - Ambrose Bierce.
- MEMORANDA - Diarios 1836-1864 - Jules Barbey d'Aurevilly.
- TIERNOS TRIBUTOS A FRANCIA. LAS CUARTETAS VALESANAS - Rainer Maria Rilke.
- LA BELLA Y LA BESTIA - Gabrielle de Villeneuve.
- EL CASO LEMOINE Y OTROS PASTICHES - Marcel Proust.
- LOS TRES AMORES DE BENIGNO REYES - John-Antoine Nau.
- LA MALDICIÓN DE LOS NORONSOFF - Jean Lorrain.
- LAS ROSAS. LAS VENTANAS - Rainer Maria Rilke.
- ÉDOUARD - Claire de Duras.
- TREINTA Y SIETE VERSIONES HOMÉRICAS - Leopoldo Lugones.
- CARTAS DE GUERRA - Jacques Vaché.
- LA MUERTE DIFÍCIL - René Crevel.
- HISTORIA DE DOS AMANTES - Enea Silvio Piccolomini (Papa Pío II).

También pueden mantenerse al corriente de nuestras novedades a través de nuestro blog Literatura y traducciones, facebook y twitter. Agradeceremos todo comentario que nos quieran hacer llegar.

COLOFÓN

La presente edición electrónica gratuita de EDICIONES DE LA MIRÁNDOLA ofrece el texto integral del artículo *Raymond Roussel. Un autor difícil*, de Robert de Montesquiou.

Este libro se publica bajo una licencia Creative Commons: Atribución-Uso no comercial-Sin Derivados 3.0 Unported.

Edición en formato ePub hecha el 2 de abril de 2018.